

mi amiguita, que me seguía con la vista, sonriendo, y que era la fresca personificación de la juventud, entre aquellas dos momias polinesianas...

Era la hora de la cena, y el viejo Tahaapairu alargaba su pintado brazo hasta una pila de madera seca, y cogiendo dos pedazos de *bourao* los frotaba el uno contra el otro, para obtener fuego por este viejo procedimiento de los salvajes. Rarahu recibía la llama de manos de su padre, y encendía con ella el fuego para asar en la tierra dos *maiorés*, fruta del árbol del pan, que constituían la cena de la familia.

Era también la hora en que la bandada de bañistas del arroyo de Fataoua se retiraba á Papeete, llevando á su cabeza á Tetoura; de suerte que para volver á mi alojamiento, llevaba siempre alegre compañía.

—Loti—decía Tetouara;—no olvides que te esperamos esta noche en el jardín de la reina. Téria y Faimana dicen que cuentan contigo para que las acompañes á tomar té, en casa de los chinos, y yo también te quedaría muy agradecida si quisieras...

Nos volvíamos cantando, por un camino desde el cual se dominaba el gran Océano, azul é iluminado por los últimos reflejos del sol poniente.

La noche descendía á pasos agigantados sobre Tahiti, descubriendo á la vez un hermoso

cielo, tachonado de brillantes estrellas. Rarahu dormía en sus bosques; los grillos entonaban bajo la hierba su canción de la noche; las mariposas nocturnas elevaban su vuelo hacia los frondosos árboles, y la servidumbre de Pomaré comenzaba á vagar por los inmensos jardines de la Reina...

XXXIII

Rarahu, que seguía conmigo una de las sombrías alamedas de Papeete, dirigió un saludo entre amistoso y burlón—un poco amedrentada también—á una estrambótica criatura que pasó á nuestro lado.

La escualida y fenomenal mujer, que no tenía de tahitiana más que el traje, contestó al saludo con dignidad y altivez, y se volvió para vernos mejor.

Rarahu, molestada por esto, se burló de ella sacando la lengua y mirándola con desdenoso gesto; después de lo cual me contó, riéndose, que aquella vieja *medio blanca*, mestiza de inglés y *maori*, era su antigua profesora de la escuela de Papeete. Un día la mestiza había participado á su discípula que tenía las mejores esperanzas de que llegaría á reemplazarla en sus tareas de profesora, fundándose para

ello en la gran facilidad que para aprender tenía la joven.

Rarahu, ganada por el terror, á la sola idea de tal porvenir, echó á correr y no paró hasta Apiré, abandonando así de repente la *haapiiraa* (la escuela) para no volver más...

XXXIV

Volví una mañana á bordo del *Rendez*, con la espantosa noticia de que me había acostado en el mismo cuarto que Tamatoa.

Tamatoa, hijo mayor de la reina Pomaré, marido de la hermosa reina Moé, de la isla de Raiatea, y padre de la graciosa enfermita Pomaré V, era un hombre á quien tenían encerrado desde hacía algunos años entre cuatro sólidas paredes, y que, á pesar de este encierro, continuaba siendo el terror del país.

En su estado normal, Tamatoa era un hombre ni más bueno ni más malo que otro cualquiera; pero bebía, y cuando había bebido, *veía rojo* y necesitaba verter sangre.

De unos treinta años, de gigantesca y prodigiosa estatura y de hercúleas fuerzas, se necesitaban muchos hombres para poderle sujetar cuando estaba enfurecido; degollaba sin motivo á todo el que había á mano, y las atroci-

dades cometidas por él excedían á todo lo imaginable...

Pomaré adoraba, sin embargo, á su colosal hijo, y se decía (tomando cuerpo este rumor hasta en el mismo palacio de la Reina), que de algún tiempo á esta parte le abría ella misma las puertas de su prisión, y que se le veía vagar durante la noche por los jardines. Su presencia causaba entre las jóvenes de la corte el mismo terror que causaría el pasar ante la jaula de una fiera, abierta de par en par.

Había en palacio un salón consagrado á los huéspedes, que permanecía abierto constantemente de día y de noche. Abundaban en él las camas en el suelo, cubiertas con esterillas blancas, muy limpias, que utilizaban los tahitianos que iban de paso, los jefes de distrito á quienes se les hacía tarde para volver al suyo, y algunas veces yo...

En los jardines y en palacio dormía todo el mundo cuando entré yo en la sala de refugio.

Había allí un solo hombre, sentado ante una mesa (en la cual apoyaba los codos), alumbrada por una lámpara de aceite de coco. Era este hombre, desconocido para mí, de talla y musculatura sobrehumanas; con una sola de sus manos hubiera podido estrujar á un hombre y triturar sus huesos como si fueran de vidrio. Tenía dientes de caníbal, y su enorme cabeza

debía ser dura y salvaje; sus ojos, medio cerrados, tenían la expresión de la tristeza de los alucinados.

—*¡Ia ora na, Loti!*—¡Te saludo, Loti!—dijo aquel gigante al verme.

Me detuve asombrado al oírle.

Comenzó entonces entre ambos el siguiente diálogo en lengua tahitiana:

—... ¿Cómo sabes tú mi nombre?...»

—«Sé que eres Loti, el predilecto del Almirante de los cabellos blancos. Te he visto pasar á menudo á mi lado durante la noche.»

—«¿Vienes á dormir?»

—«Y tú, ¿quién eres? ¿Eres acaso algún jefe de Isla?...»

—«Sí, soy un gran jefe. Mira, acuéstate en aquel rincón; allí encontrarás la mejor cama.»

Cuando me hube acostado, cerré los ojos, lo bastante tan sólo para que me creyera dormido, dejándolos lo suficientemente abiertos para poder observar á aquel extraño personaje, que se había levantado y, tomando todo género de precauciones, se dirigía hacia mí.

Al mismo tiempo que él se aproximaba, un ligero ruido me hizo volver instintivamente la cabeza hacia el lado opuesto, hacia la puerta, en donde la vieja reina Pomaré acababa de aparecer. Andaba con mucha precaución, de puntillas y con los pies descalzos; pero el junco

de las esterillas le hacía traición, crujendo bajo el enorme peso de su cuerpo.

Cuando el hombre estuvo cerca de mí, cogió un mosquitero de muselina y lo extendió con mucho cuidado sobre mi cabeza; después puso una hoja de plátano delante de la lámpara, para que no me incomodara el reflejo de la luz, y se sentó de nuevo, apoyando la cabeza sobre ambas manos.

Pomaré, que nos había observado atentamente á los dos, oculta en la oscuridad, pareció satisfecha de su examen, y se retiró.

La reina, que no se presentaba nunca en aquel departamento de su palacio, me hizo comprender con su presencia allí que mi compañero era hombre á quien había que temer, y esto me quitó el sueño.

Sin embargo, el desconocido no se movió de su asiento, y su mirada se hizo vaga y atónita: había olvidado mi presencia allí... Se oía á lo lejos el cántico de las damas de servicio de la reina, que entonaban á coro un *himené* de las islas de Pomotus. Luego, la gruesa voz del viejo rey consorte, Ariifaité, que gritaba: «*¡Mamou!*»—(Silencio)—*¡Te hora á horou na piti!*—(Silencio, ¡es ya la media noche!...) Y el silencio se extendió por todas partes como por encanto... Una hora después, la sombra de la vieja reina Pomaré volvió á proyectarse en el umbral de la puerta. La lámpa-

ra se había apagado, y el hombre acababa de dormirse.

Yo hice bien pronto otro tanto, aunque despertándome al más ligero ruido; en cuanto despuntó el alba, me levanté para partir; el hombre no había variado de sitio, aunque sí de postura, pues tenía la cabeza sobre la mesa.

Arreglé mi tocado en el jardín, bajo las mimosas, teniendo por espejo un arroyuelo de agua fresca y cristalina. Cuando hube terminado, me fui á saludar á la reina y á darla las gracias por su hospitalidad.

—¡*Haere mai, Loti!*—dijo en cuanto me vió á lo lejos, *haere mai, paraparai!* (¡Ven, Loti; acércate y hablemos un poco!) Dime, ¿te ha acogido bien *él*?

—Sí—la contesté.

Y ví inundarse de placer su vieja fisonomía, al referirla lo reconocido que le estaba por los cuidados que había tenido conmigo.

—¿Sabes quién es?—me preguntó con gran misterio.—¡Oh! No lo digas á nadie, queridito Loti... ¡Es Tamatoa!

Algunos días después de esto, Tamatoa fué oficialmente puesto en libertad, con la condición de que no saldría de palacio. Entonces tuve el gusto de hablarle en distintas ocasiones, y estrechar su mano.

Esto duró hasta que pudo burlar la vigilancia que sobre él se ejercía, y asesinó á

una mujer y á dos niñas en el jardín del misionero protestante, cometiendo en un sólo día una serie tal de sanguinarios horrores, que no podrían expresarse ni aun en idioma latino.

XXXV

¿Quién puede asegurar en qué residen los verdaderos encantos de un país? ¿Quién en dónde reside ese algo de íntimo y de impalpable que el humano idioma no puede expresar?

.....
.....

Hay en el encanto tahitiano mucha de esa tristeza extraña que pesa sobre todas las islas de la Oceanía—el aislamiento en la inmensidad del Pacífico—el viento del mar, el ruido de las rompientes, la ronca y triste voz de los *maoris* que circulan cantando por entre los troncos y bajo las copas de los gigantescos y flexibles cocoteros.

Se esfuerza, se agota la imaginación, buscándolo, tratando de tocarlo, de expresarlo: ¡esfuerzo inútil! ¡Ese algo se escapa y permanece incomprendible!...

He escrito extensas páginas sobre Tahiti; hay en ellas detalles hasta de las plantas más pe-

queñas, hasta de la *fisonomía* de los musgos.

Que se lean todas esas páginas con la mayor buena fe y el mejor deseo del mundo; pues bien: después de leerlas, ¿se habrán comprendido? No, seguramente.

Después de leerlas, repito, ¿se habrá comprendido la noche, allí en las playas de coral de la Polinesia? ¿Se habrá oído, durante la noche y á través de los bosques, la lastimera queja del *vivo* (1)... ó el quejido lejano de las trompas de caracol?...

XXXVI

GASTRONOMÍA

...«La carne de los hombres blancos tiene el sabor del plátano maduro...»

Debo esta noticia al viejo jefe *maorí*, Hoatoaru, de la isla de Routoumah, cuya competencia en esta materia es indiscutible...

XXXVII

...Rarahu, en un acceso de indignación, me había llamado: *grande lagarto sin patas*,

(1) *Vivo*: Plauta de caña.—(N. del T.)

cosa que no comprendí bien en el primer momento...

Siendo la serpiente un animal completamente desconocido en la Polinesia, la mestiza que había educado á Rarahu, para explicarla bajo qué forma había tentado el demonio á la primera mujer, se valió de esta perífrasis.

Rarahu se había, pues, habituado á considerar á esta variedad de *grande lagarto sin patas*, como á la peor y más peligrosa de todas las creaciones terrestres; por eso me había lanzado este insulto...

Continuaba celosa la pobre Rarahu; sufría porque Loti no quería pertenecerla exclusivamente.

Aquellas veladas de Papeete, aquellos placeres de que participaban las demás jóvenes, y á las cuales sus viejos padres la prohibían asistir, intrigaban su imaginación de niña. Lo que la preocupaba, sobre todo, eran las reuniones que daban los chinos, reuniones que Tetouara la describía fantásticamente; *tés*, en los cuales Téria, Faimana y algunas otras locuelas de la servidumbre de la Reina bebían y se embriagaban. Loti asistía á ellos, y hasta los presidía algunas veces, y esto trastornaba las ideas de la pobre Rarahu.

...Cuando se hubo cansado de injuriarme, lloró (argumento mucho mejor)...

Á partir de aquel día, no se me volvió á ver

apenas en las reuniones de Papeete. Permanecía hasta muy tarde en los bosques de Apiré, compartiendo algunas veces el fruto del árbol del pan con los viejos Tahaapairu. La caída de la tarde era á veces triste en aquella soledad; pero esta tristeza tenía un gran encanto, y la voz de Rarahu resultaba deliciosa en sus canciones vespertinas, bajo la elevada y sombría bóveda de los árboles. Yo permanecía allí hasta la hora en que los dos viejos recitaban su oración, oración dicha en un idioma extravagante, singular y salvaje, pero que era la misma que en mi infancia me habían enseñado. *Padre nuestro que estás en los cielos...* La eterna y sublime súplica de Cristo resonaba de una manera singular y extrañamente misteriosa, allí en los antípodas del viejo mundo, en la oscuridad de aquellos bosques, en el silencio de aquellas noches, dicha por la voz lenta y grave de aquel viejo fantasma.

XXXVIII

Existía algo que Rarahu comenzaba á comprender ya y que debía sentir amargamente más tarde; algo que ella era incapaz de explicarse de una manera clara y precisa en su imaginación, y, sobre todo, de expresar con las

palabras de su lenguaje primitivo. Comprendía vagamente que debían existir profundos abismos en la vida intelectual, entre Loti y ella. mundos enteros de ideas y de conocimientos ignorados por ella. Se daba ya cuenta de la diferencia radical de nuestras razas, de nuestras concepciones, de nuestros menores sentimientos; la noción misma de las cosas más elementales de la vida, difería entre nosotros dos. Loti, que vestía como un tahitiano y hablaba su lenguaje, continuaba siendo para ella un *paoupa*; es decir, uno de esos hombres llegados de fantásticos países, del otro lado de los extensos mares, uno de esos hombres que desde hacía algunos años, venían introduciendo en la inmóvil Polinesia tantos extraños cambios y tantas novedades imprevistas.

Sabía también que Loti partiría bien pronto para no volver, regresando á su lejana patria. No tenía la menor idea de estas distancias vertiginosas, y Tahaapairu se las comparaba á las que separan el lago Fataoua de la luna ó de las estrellas.

Pensaba no representar á los ojos de Loti, niñita de quince años como era, otra cosa que una curiosidad, un juguete del momento, que sería bien pronto olvidado.

Se engañaba, sin embargo; Loti comenzaba á notar que experimentaba por ella algo más que un sentimiento trivial. Su corazón había

empezado ya á interesarse en este sentimiento. Loti se acordaba de su hermano Jorge (de aquel á quien los tahitianos habían llamado *Rouéri*), que había llevado inefables recuerdos de aquel país, y pensaba que lo propio le ocurriría á él. Parecía muy posible que aquella aventura, comenzada al azar por un capricho de Tetouara, dejase profundas y permanentes huellas en su vida entera.

Muy joven aún, Loti había sido lanzado en las agitaciones de la vida europea; desde muy temprano había levantado el telón que oculta á los ojos de los niños el escenario del mundo; lanzado bruscamente á los diez y siete años en el torbellino de Londres y de París, había sufrido ya, á la edad en que de ordinario se empieza apenas á pensar.

Loti había vuelto agobiado por la fatiga de esta campaña sostenida en edad tan temprana, y se creía ya sin fuerzas para continuarla; estaba profundamente descorazonado, porque, antes de ser un joven semejante á todos los demás jóvenes, había comenzado por ser un niño inocente y soñador, educado en la dulce calma de la familia; él á su vez había sido un salvaje pequeño, sobre cuyo corazón se grababan, en el aislamiento del mundo, una multitud de tiernas ideas y de radiantes ilusiones. Antes de pasear sus quiméricos ensueños por los bosques de la Oceanía, y siendo aún muy

niño, los había paseado solitario por los bosques del Yorkshire.

Existían multitud de misteriosas afinidades entre Loti y Rarahu, nacidos en los extremos opuestos del mundo. Ambos tenían el hábito del aislamiento y de la contemplación; ambos vivían dichosos en medio de los bosques; á ambos les gustaba pasar horas y horas tendidos sobre la hierba y el musgo; ambos eran soñadores y apasionados; por la música, las hermosas frutas, las flores y el agua fresca...

XXXIX

... No había ahora ninguna nube en nuestro horizonte.

Nos faltaban aún cinco largos meses que pasar juntos. Era, pues, bien inútil preocuparse por el porvenir...

XL

Se quedaba uno encantado al oír cantar á Rarahu.

Cuando cantaba sola, tenía en su voz notas tan frescas y tan suaves, que sólo los pá-

jaros ó los niños pueden tenerlas semejantes.

Cuando cantaba acompañada, bordaba—por encima del canto de los demás,—extrañas variaciones tomadas en las notas más elevadas del diapasón, muy complicadas siempre, y admirablemente escuetas.

Había en Apiré, como en todos los distritos tahitianos, un coro llamado *hímené*, el cual funcionaba regularmente bajo la dirección de un jefe, y se dejaba oír en todas las fiestas indígenas. Rarahu era una de las partes principales y lo dominaba por completo con su voz pura; el coro que la acompañaba era ronco, sombrío; los hombres, sobre todo, emitían sonidos bajos y metálicos, una especie de rugidos, que marcaban las *dominantes*, y parecían, más que voces humanas, sonidos de algún instrumento salvaje. Reunido el coro, hombres y mujeres cantaban con una precisión capaz de despechar á los coristas del Conservatorio, causando por la noche en los bosques impresiones imposibles de describir.

XLI

Era á la caída de la tarde; estaba yo solo á la orilla del mar, en una de las playas del distrito de Apiré. En aquel solitario lugar esperaba

á Taimaha, y me causaba una impresión singular la idea de que aquella mujer iba á llegar.

Taimaha, según me habían dicho, estaba desde la víspera en Tahiti. Una pobre vieja que en otro tiempo la había conocido en la cabaña de *Rouéri*, me había señalado este lugar para la cita, encargándose de prevenirla de que allí la esperaba.

Bien pronto apareció una mujer, que al verme bajo los cocoteros, se dirigió hacia donde yo estaba. Cuando llegó junto á mí, pude ver una horrible figura que me miraba y se reía con risa salvaje.

—¿Eres Taimaha?—la pregunté.

—¿Taimaha? No. Yo me llamo Tevaruefai-potuiahutu, del distrito de Papetoai, y vengo del arrecife, de coger mariscos y coral rosa. ¿Quieres comprármelos?

Continué esperando hasta media noche. Supe al día siguiente, que al amanecer, la verdadera Taimaha había regresado á su isla; mi encargo no fué cumplido, y Taimaha se había ido sin sospechar siquiera que durante algunas horas había sido esperada con impaciencia en la playa, por el hermano de *Rouéri*.

XLII

LOTI Á JOHN B., Á BORDO DEL «RENDER»

Taravao, 1872.

Mi buen hermano John:

«La persona que te entregará esta carta, lleva también el encargo de entregarte una multitud de presentes que yo te envío. Figuran entre ellos un plumero de colas de faetones rojos (1), precioso objeto, don de mi huésped el jefe de Tehaupoo; un collar de tres hilos de diminutos caracoles blancos, regalo de la mujer del jefe, y dos matas de *reva-reva*, que una gran señora del distrito de Papéouriri colocó ayer sobre mi cabeza en la fiesta de Taravao.

»Permaneceré aún algunos días aquí en casa del jefe, que era uno de los amigos de mi hermano; usaré de la licencia que el almirante me concedió, hasta que la licencia expire.

»Sólo me falta tu presencia aquí, mi querido hermano, para estar completamente satisfecho de mi estancia en Taravao. Los alrededores de Papeete no pueden darte una idea de esta región ignorada, que se llama la penín-

(1) Pájaros de la Polinesia. —(N. del T.)

sula de Taravao; un rinconcito apacible, umbroso, encantador; bosques de naranjos gigantes, cuyos frutos y flores cubren un hermoso suelo tapizado de hierbas finas, entre las cuales predomina la *hierba doncella* del Cabo...

»Bajo los naranjos se ven diseminadas algunas cabañas de madera de limonero, en que viven inmóviles los *maoris* de otros tiempos; bajo estos mismos naranjos se encuentra la vieja hospitalidad indígena: opíparos banquetes, cuyos manjares son las frutas, á la doble sombra de los árboles y de artísticas bóvedas improvisadas con hierbas y flores; música, los lastimeros quejidos del *vivo* de caña, coros de *himené*, cánticos y danzas.

»Yo habito solo en una cabaña levantada sobre estacas, dominando el mar y los corales. Desde mi lecho de juncos blancos, inclinándome un poco, veo agitarse bajo mí á ese otro mundo, que es el mundo del coral. En medio de las ramas blancas ó de color rosa, entre el complicado ramaje de las madreporas, circulan millares de pececitos, cuyos colores sólo se pueden comparar á los de las piedras preciosas ó á los de los colibríes; rojo geranio, verde chino, azules, de un azul que sería imposible pintar, y multitud de diminutos seres matizados por todos los colores del arco iris, y cuya forma se parece á todo menos á la de los peces... Durante el día, y más que á ninguna otra hora

en las tranquilas horas de la siesta, absorto en mis contemplaciones, admiro todo esto, que es casi desconocido aun para los naturalistas y observadores.

»Por la noche, mi corazón se oprime un poco en este aislamiento de Robinsón. Cuando el viento sopla fuerte, cuando el mar deja oír en la oscuridad su terrible y siniestra voz, entonces experimento algo como una especie de angustia de la soledad, aquí, en la punta más solitaria de esta lejana isla, ante esta inmensidad del Pacífico, inmensidad de inmensidades de la tierra, que huye, que va derecha á las misteriosas riberas del continente polar.

»En una excursión de dos días, en compañía del jefe de Tehaupoo, he visto ese lago de Vairia, que inspira á los indígenas aterradora superstición. Acampamos una noche á sus orillas. Es un extraño lugar que pocas gentes han contemplado: de tiempo en tiempo llega á él alguno que otro europeo llevado por la curiosidad; el camino es largo y difícil, los alrededores salvajes y desiertos. Figúrate á mil metros de altura un mar muerto, perdido en las montañas del centro, rodeado de altos é imponentes peñascos, cuyas siluetas agudas se destacan arrogantes; un agua fina y profunda que nada anima, ni un soplo de viento, ni un ruido, ni un ser viviente, ni siquiera un pez.

—En otro tiempo, me decía el jefe de Tehaupoo, los Toupapahus de una raza particular, descendían durante la noche de las montañas, y agitaban el agua batiéndola con sus grandes alas de albatros.

»Si vas á casa del gobernador, á la *soirée* del miércoles, verás allí á la princesa Ariitúa; dile que no la olvido ni un instante en mi soledad, y que espero bailar con ella la semana próxima en el baile de la reina. Si en los jardines te encontraras á Faimana ó á Téria, puedes decirles de mi parte todo lo que se te antoje.

»Querido hermanito, ten la bondad de ir al arroyo de Fataoua á dar noticias mías á la pequeña Rarahu, del distrito de Apiré. Haz esto por mí, te lo suplico; eres demasiado bueno para no comprenderlo todo y no perdonarnos á los dos. En verdad que, te lo juro, la amo de todo corazón.»

XLIII

«Rarahu no tenía noticias del dios *Taaroi*, ni de las numerosas diosas de su corte; jamás había oído hablar de ninguno de estos personajes de la mitología polinesiana. La reina Pomaré, por respeto á las tradiciones de su país tan sólo, había aprendido los nombres de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO HERRERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

aquellas divinidades de otros tiempos, y conservaba en su memoria las extrañas leyendas de los tiempos antiguos.

»Pero todas las extrañas palabras de la lengua polinesiana que me habían chocado, todas las palabras de vago y místico sentido, sin equivalente en nuestros idiomas europeos, eran familiares á Rarahú, que las empleaba ó me las explicaba con rara y singular poesía...

»Si te quedaras más á menudo, durante la noche, en Apiré, me decía, aprenderías conmigo bien pronto una multitud de palabras que esas muchachas de Papeete no saben. Cuando *hayamos tenido miedo juntos*, yo te enseñaré, en lo que concierne á los Toupapahous, cosas muy terroríficas, que tú ignoras...»

En efecto, en la lengua *maori* hay muchas palabras é imágenes que no llegan á comprenderse, á ser inteligibles, más que á la larga, cuando se ha vivido mucho tiempo entre los indígenas, durante la noche, en los bosques, escuchando gemir el viento y el mar con el oído avizor á todos los ruidos misteriosos de la naturaleza.

XLIV

...No se oye ningún cántico de pájaros en los bosques tahitianos; los oídos de los *maoris*

ignoran esta música, que en otros climas llena los bosques de alegría y de vida.

Bajo aquella espesa sombra, entre las enredaderas y los altos helechos, nada se mueve, nada vuela, reina siempre allí el mismo extraño silencio, que parece reinar también en la melancólica imaginación de los naturales...

Se ve tan solo, por entre las gargantas de las montañas, cernerse á imponente altura al *factón*, pájaro pequeñito, blanco, y que tiene una larga pluma blanca ó de color rosa en la cola.

Antiguamente los jefes agregaban á su tocado un golpe de estas plumas; de modo que les eran precisos mucho tiempo y mucha perseverancia para reunir y componer tan aristocrático adorno...

XLV

INCALIFICABLE

Existen ciertas necesidades en nuestra triste naturaleza humana, que parecen creadas expresamente para recordarnos cuán imperfectos y materiales somos; necesidades á las que es-

tán sujetas las reinas como las pastoras. Cuando la reina Pomaré se encuentra bajo la influencia de tan penosas necesidades, tres mujeres entran tras de ella en cierto lugar misterioso, disimulado bajo los plátanos.

La primera de estas iniciadas, tiene á su cargo el sostener la pesada persona real. La segunda, lleva en la mano hojas de *bourao*, escogidas entre las más frescas más y tiernas. La tercera, que comienza su oficio cuando el de las dos primeras ha terminado, lleva un frasco de aceite de coco, perfumado con sándalo (*monoi*), con cuyo aceite tiene la misión de ungir las partes que el frotamiento de las hojas de *bourao* hubiera podido momentáneamente irritar ó dejar doloridas...

Terminada la operación, el cortejo vuelve gravemente á palacio...

XLVI

...Rarahu y Tiahoui se habían insultado de una manera en extremo violenta. De sus frescos labios habían salido durante algunos minutos, sin interrupción ni obstáculo, las injurias más infantiles y más absurdas. Y las más inconvenientes también (el tahitiano, como

el latín: «con la palabra escarnece la honestidad.»)

Era la primera disputa entre las dos pequeñas, y el espectáculo divertía grandemente á la reunión; todas las jóvenes, indolentemente tendidas á la orilla del arroyo de Fataoua, reían á placer y las excitaban.

—¡Qué dichoso eres, Loti!—decía Tetouara; —por ti es por quien disputan!...

La verdad es que, en efecto, por mí era por quien disputaban; Rarahu había mostrado estar celosa de Tiahoui, y éste era el origen de la discusión.

Como dos gatas dispuestas á lanzarse una sobre otra, y arañarse y morder, las dos pequeñas se miraban, pálidas, inmóviles, temblando de cólera.

—¡*Tinito oufa!*—exclamó Tiahoui, falta ya de argumentos, aludiendo de manera sangrienta al bonito traje de gasa verde. (Favorita del chino!)

—¡*Oviri, amutaata!* (salvaje caníbal)—replicó Rarahu, que sabía que su amiga había sido traída, siendo muy pequeña, de una de las más lejanas islas de Pomotous, y que si Tiahoui no había sido canibal, de seguro había canibales en su familia.

Agotadas las injurias por ambas partes, se arrojaron la una sobre la otra, y cogiéndose del pelo, se arañaban y mordían con encarni-

zamiento. Se las separó; se echaron á llorar, y luego Rarahu se arrojó en los brazos de Tiahoui; las dos, que se adoraban, acabaron por besarse de todo corazón...

XLVII

Tiahoui, en su efusión, había besado á Rarahu con la nariz—siguiendo una vieja costumbre olvidada ya por la raza *maori*—costumbre que conservaba de su infancia y de su isla bárbara; había besado á su amiga colocando las narices sobre la redonda mejilla de Rarahu, y aspirando muy fuerte.

Así era como se besaban antiguamente los *maoris*; los besos con los labios los han aprendido de los europeos...

Rarahu, á pesar de sus lágrimas, pudo dirigirme, á través de ellas, una sonrisa de cómica inteligencia, que quería decir, poco más ó menos:—¿Has visto á esa salvaje?... ¿Ves como tenía yo razón, Loti, en llamarla así? ¡Pero con todo y con eso, la quiero mucho!...

Y, con todas sus fuerzas, las dos niñas se abrazaron y besaron; un instante después todo se había olvidado.

XLVIII

Caminando á la sombra de los delgados cocoteros, por las blancas playas tahitianas—por alguna punta solitaria; contemplando la inmensidad azul, en algún melancólico lugar, elegido por los hombres de las generaciones pasadas—se encuentra uno de cuando en cuando montículos fúnebres, grandes túmulos de coral... Estos son los *marat*, sepulturas de los jefes de la antigüedad. La historia de los muertos que duermen allí debajo, se pierde en el pasado fabuloso y desconocido que precedió al descubrimiento de los archipiélagos de la Polinesia. En todas las islas habitadas por los *maoris*, los *marat* se encuentran sobre las playas; los insulares misteriosos de *Rapa-Nui* adornaban estas tumbas con estatuas gigantes de rostro horrible; los tahitianos plantaban en ellos solamente numerosos árboles del hierro. El árbol del hierro es el ciprés de aquel país; su follaje es sombrío y triste; el viento del mar produce un silvido extraño al pasar por entre sus rígidas ramas...

Aquellos túmulos que permanecen blancos (de la blancura del coral), á pesar de los años y bajo la sombra de grandes árboles negros,

evocan los recuerdos de la terrible religión del pasado; aquellas tumbas eran también el altar en que se inmolaba á las víctimas, á la memoria de los muertos.

—Tahiti, decía Pomaré, ha sido la única isla en donde, aun en los tiempos antiguos, no eran comidas las víctimas después del sacrificio. Se verificaba tan sólo un simulacro de la danza y comida *macabra*, y los ojos, arrancados de las órbitas de las víctimas y colocados juntos en un plato, eran servidos á la reina.—¡Horrible prerrogativa de la soberanía! (*Textual. Oído de los propios labios de Pomaré.*)

XLIX

Tahaapairu, el padre adoptivo de Rarahu, ejercía una industria tan original, que en nuestra Europa, tan fecunda en invenciones de todo género, de seguro no ha imaginado nadie cosa semejante.

Tahaapairu era muy viejo, cosa que en Oceanía es poco común; además tenía barba, y esta barba era blanca, objeto de los más raros allí. En las islas Marquesas la barba blanca es un género casi imposible de encontrar, y se emplea en la fabricación de ornamentos pre-

ciosos para el peinado y las orejas de ciertos jefes. Algunos ancianos son cuidadosamente mantenidos y conservados allí para la explotación de esta parte de su persona.

Dos veces por año, el viejo Tahaapairu cortaba sus barbas y las enviaba á Hivaoa, la más bárbara de las islas Marquesas, donde las vendía á precios fabulosos.

L

...Rarahu examinaba con mucha atención y no menos terror, una calavera que tenía yo sobre mis rodillas.

Estábamos los dos sentados encima de uno de los montículos de coral que ocultan las sepulturas, y bajo los grandes bosques de hierro. Era á la caída de la tarde, y el lugar en donde nos encontrábamos, pertenecía al distrito de Papenoo; el sol reflejaba sus rayos en el gran Océano, en medio del más asombroso silencio de la naturaleza.

Aquella tarde contemplaba yo á Rarahu con más ternura que otras veces; era la víspera de uno de mis viajes; el *Rendeer* iba á alejarse por algún tiempo y á visitar al Norte el archipiélago de las Marquesas.